

—¿Qué hacer? Tendré que dejarlo para dentro de dos o tres días. Ya dije que me pusieran sobre el escritorio todos los materiales que hay. Después de comer les echaré un vistazo. Estoy muy bien" —repitió otra vez.

Después de la breve siesta, le ví sentado tras el escritorio, cubierto de materiales sobre "El Popular". Su estado físico seguía muy bien y me sentí más contenta. En los últimos tiempos, L. D. se quejaba de una debilidad general que le dominaba de vez en cuando. Sabía que era algo pasajero, pero entonces pensaba sobre ellos más de lo acostumbrado. Aquel día nos pareció como el principio de una temporada mejor de estado físico. Su aspecto también era mejor. Para no molestarle, de vez en cuando yo entreabría la puerta de su habitación y le observaba en su posición acostumbrada, inclinado sobre su escritorio, con la pluma en la mano. "Un episodio más y estos anales habrán terminado" —me acordé. Así hablaba el antiguo cronista Pimen en el drama Boris Godunof, de Pushkin, registrando los crímenes del Zar Boris. La manera de vivir de L. D. se aproximaba a la de un prisionero o un anacoreta, con la diferencia de que, en su soledad, no solo registraba él los acontecimientos, sino que también luchaba irconciliablemente contra sus enemigos ideológicos.

Durante éste breve día, hasta las cinco de la tarde, León Davidovich dió al dictáfono varios trozos del contenido de su futuro artículo sobre la movilización militar de los Estados Unidos, y aproximadamente cincuenta pequeñas páginas desmintiendo a "El Popular", es decir, las actividades de Stalin. Todo ese día gozó de su completo equilibrio mental y físico.

A las cinco, como de costumbre, tomamos el té. A las cinco veinte, o quizás a las cinco treinta, salí al balcón, y ví que L. D. estaba en el patio cerca de una jaula abierta de conejos. Los estaba alimentando. Allí mismo estaba también un individuo al que no reconocí inmediatamente, hasta que se quitó el sombrero y vino hacia el balcón. Era Jacson. "Ha venido otra vez —pensé